

RIUS Y MONDONGO

UN VISITANTE INESPERADO



RIUS Y MONDONGO

UN VISITANTE INESPERADO

m̄r

Rius

Un visitante inesperado / Rius ; Mondongo. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Martínez Roca, 2022.
192 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-870-196-1

I. Narrativa Infantil y Juvenil Española. I. Mondongo.
II. Título.
CDD 863.9282

© RiusPlay, 2022

© Mondongo, 2022

Edición y fijación del texto: Iñaki Oliver, 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta y diseño de personajes: © Third Guy Studio, 2022

Ilustraciones de interior: María Mena Viña, 2022

Diseño de interior: María Pitironte

Derechos reservados de esta edición

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Martínez Roca®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: abril de 2022

10.000 ejemplares

ISBN 978-950-870-196-1

Impreso en Gráfica Pinter,

Diógenes Taborda 48, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Índice

Introducción, 10

1 Tratando
de volver
a casa, 16

2 ¿Cómo
deshacerse de
un monstruo
de dos metros?, 32

3 Aventuras
en alta mar, 48

4 Una
guarida
demasiado
secreta, 62

5

iDe guarida en guarida, reza por encontrar la salida!, 78

8

Huyendo del museo, 122

6

Buscando el propulsor cuántico hipertrófico..., 92

9

Un rey muy vinagrito, 136

10

De vuelta a casa, 152

7

Un guardián muy especial, 106

11

El final de la cuenta atrás, 168

Epílogo, 186

CAPÍTULO I

**TRATANDO
DE VOLVER
A CASA**

RIUS NO DABA CRÉDITO

a lo que estaba viendo. ¡Ante él había un extraterrestre! O, mejor dicho, ¡un extracubícola! Y no uno cualquiera, sino un ser extraño y excepcional como no había visto nunca antes. De hecho, no se parecía en nada a los seres bajitos, verdes y cabezones que solían aparecer en las películas de ciencia ficción. Al contrario, aquella criatura era peluda y bastante grande. Su tamaño era parecido al de un oso, aunque tenía una cara mucho más simpática. También tenía cuernos de vaca (un poco más pequeños y menos puntiagudos) y unas manchas salpicadas por todo el cuerpo, como los dálmatas. El color de su piel era lo que más llamaba la atención: de un morado intenso, como los lirios que crecían cerca del molino. En realidad, su aspecto era bastante agradable, como el de un peluche gigante. No obstante, Rius prefirió mantener las distancias, no fuera a ser que las apariencias engañasen.

—Debo de estar soñando —se dijo—. Solo tengo que darme una bofetada y despertaré en medio de la cama.

Dicho y hecho. Con toda la energía de la que fue capaz, Rius se arreó un tortazo en la cara. Sin embargo, el resultado no fue

el que él esperaba. El sopapo, en vez de despertarlo, solo sirvió para que la mejilla le escociera, porque el monstruo seguía allí.

—Eso es porque no me he atizado con la suficiente fuerza. Voy a intentarlo de nuevo.

Tras aquella conclusión, Rius volvió a abofetearse. El ser del espacio siguió sin desaparecer.

—Menuda leche me he dado —se dijo acariciándose la zona dolorida—. Creo que esto no funciona.

—Espera —intervino el monstruo morado—. Creo que no te has dado con las suficientes ganas. ¿Quieres que te ayude?

Al oír aquello, Rius dio un salto hacia atrás, asombrado.

—Anda, pero si te entiendo.

—Pues claro —dijo la criatura—. Domino más de seis millones de lenguas: el tongoliqueño, el cubiqueño, el jupiteriano, el klingon, el dothraki, el ewok...

—**VALE, VALE, PERDONA** —le interrumpió Rius—. Si es que pensé que no sabrías ni hablar.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el monstruo molesto.

—No sé, tienes más cara de gruñir.

—¡Oye, sin faltar, que todavía no nos hemos presentado!

—Es verdad —dijo el pollo—. Yo soy Rius. ¿Cómo te llamas tú?

—Mondongo —respondió la criatura levantando los dos brazos a modo de saludo—. Soy del planeta Tongol.

—¿Tongol? —repitió Rius abriendo los ojos—. Nunca había oído hablar de ese lugar.

—Eso es porque está muy escondido. ¿Ves esa galaxia con forma de sartén? —preguntó el extracubícola señalando un punto luminoso en el firmamento—. Pues está justo detrás, entre la estrella morada y la luna que tiene dos anillos. No se puede



ir recto, porque hay un agujero negro en medio que, como no tengas cuidado, te engulle en un santiamén. Yo siempre doy un rodeo por esa nube de asteroides que hay más a la derecha para evitarlo y...

—**VALE. VALE.** Tampoco me cuentes tu vida —dijo Rius interrumpiendo al monstruo—. Pero ¿qué haces aquí? ¿Has venido a invadirnos?

—Ah, sí, perdón, que me lío. No. No he venido a invadiros —aclaró el ser del espacio—. ¿Para qué querría yo hacer una cosa así?

—Entonces, ¿qué es lo que buscas? ¿Esclavizarnos?

—Ni mucho menos. En mi planeta el cautiverio se abolió hace más de un quintillón de años.

—Entonces, lo que pretendes es comernos, ¿no?

—Puaj. Qué asco. No. Yo no como bichos tan feos.

—**¡OYE, NO TE PASES!** Entonces, ¿se puede saber qué diablos has venido a hacer aquí?

—¡Yo, nada! —aclaró Mondongo—. Estoy aquí por casualidad. Estaba volviendo a mi lugar de origen cuando mi nave ha chocado con un satélite que estaba orbitando alrededor de vuestro planeta.

—No me digas más —dijo Rius—. Te quedaste dormido a los mandos.

Mondongo bajó la cabeza, avergonzado.

—**EN REALIDAD, NO ESTABA DURMIENDO.** Solo cerré los ojos un instante para pensar mejor.

—¿Pensar en qué? ¿En musarañas? —prosiguió el pollo, divertido—. Ya sé: seguramente lo que querías era contar ovejas.

Mondongo no hizo caso a las provocaciones y siguió contando lo que le había pasado.

—El caso es que me despisté y me choqué contra el satélite.

—Siempre es mala idea distraerse al volante.

—¡Te repito que no ha sido culpa mía! No te imaginas la de cohetes, estaciones internacionales y sondas espaciales que tenéis ahí arriba dando vueltas.

PARECE UN BASURERO.

—Ya me imagino —dijo Rius—. En los mares sucede algo parecido.

—El caso es que, tras la colisión, he intentado sacar el tren de aterrizaje, pero no funcionaba, así que me he visto obligado a buscar un lugar seguro para hacer un acubicaje de emergencia.

—¿Un acubicaje de emergencia? —preguntó Rius—. ¿Qué significa eso?

—Es muy sencillo —dijo Mondongo—. Cuando uno se posa sobre la Tierra, se denomina «aterrizar». Cuando uno lo hace sobre la superficie de la Luna, se llama «alunizar», y cuando uno se posa sobre la superficie del planeta Cúbico, por lógica, se tiene que decir «acubizar», ¿no?

—Digo yo, no lo sé —respondió Rius, que no tenía ni idea de qué le estaban hablando.

—En fin —prosiguió Mondongo—, yo he mirado hacia abajo y no he visto más que una pradera verde con una gran X roja

en el medio, así que he supuesto que era la señalización del aeropuerto.

—¿Señalización del aeropuerto? —gruñó Rius—. ¡La gran X que has visto eran las aspas de mi molino, no las indicaciones de ninguna terminal aérea, monstruo inútil!

—**¿EN SERIO?** —dijo Mondongo abochornado—. Pues desde arriba parecía una X gigante. Tal vez deberías poner alguna indicación más clara para que los viajeros del espacio no nos confundamos.

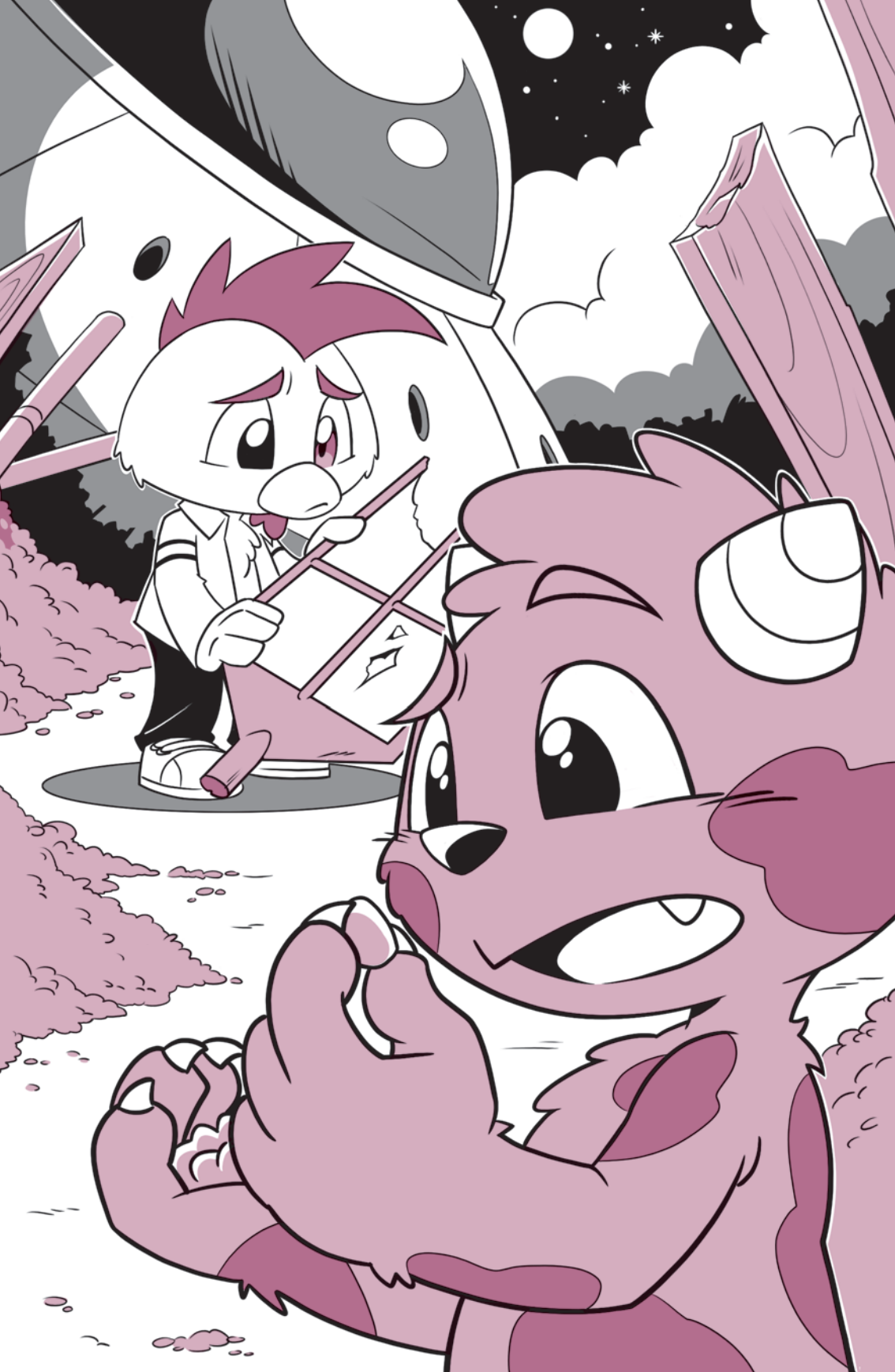
—Sí, claro. Y la próxima vez tú también deberías frenar un poco antes —replicó el pollo con ironía mientras señalaba el destrozo que había provocado.

—Eso es verdad. En esta ocasión me he confiado. La atmósfera de Tongol es muy densa, así que pensé que el aire de tu planeta me frenaría un poco, pero no ha sido así. También supuse que tu granero estaría un poco más blandito, pero, como ves, tampoco ha sido así. Menos mal que la nave está hecha de un mineral más duro que el acero. Si no, no sé qué habría sido de mí.

—Sí, menuda suerte —contestó Rius con sarcasmo.

—Por cierto, no tendrás por ahí algo de comer... ¿no? El viaje hasta aquí ha sido muy largo y ahora mismo me muero de hambre.

—**¿COMIDA?** —preguntó Rius, entristecido tras mirar el molino destrozado—. Ya me gustaría, pero mucho me temo que tú has acabado con todas mis provisiones. Ahora lo único que puedo hacer es recoger todas las semillas que hay por el suelo, aunque no creo que valga ninguna.



—¿Esto se come? —preguntó el monstruo observando uno de los granos que había esparcidos por ahí—. Entonces te ayudaré a recogerlas.

—¡Ni se te ocurra! Todo ese grano es para mis pollitos.

—Bueno, vale —dijo Mondongo levantando los brazos en señal de rendición—. Ni que fueran bombones de chocolate.

Al oír aquellas palabras, Rius estalló. El miedo inicial al monstruo había desaparecido y ahora, en su lugar, reinaba el enfado.

—¡Pues están muy ricas! ¡Además, he estado cosechándolas durante todo el año! ¡Ahora mis pollitos no tendrán nada que comer y yo tampoco!

—Lo siento, chico —dijo el extracubícola—. Cómo te pones por unas cuantas cáscaras de pipas.

—¿CÁSCARAS DE PIPAS?

—bufó Rius—. ¿Qué sabrás tú de alta cocina?

—En realidad, nada. En mi planeta comemos *splotniks* y *rubi-condrios*, que son unos alimentos alargados y de color rosa que saben muy mal, pero llenan mucho.

—Muy bien. Pues lo mejor será que vuelvas a tu planeta para comer *splastiks* y *rubicongrios* antes de que se acaben —dijo el pollo, que lo único que quería era que el alienígena se marchase de allí cuanto antes.

—Lo haría encantado —contestó el monstruo—, pero no sé si seré capaz de reiniciar la nave.

—Seguro que sí —dijo Rius empujando a Mondongo hacia el interior del platillo volante—. Estos abollones de aquí se arreglan con un poco de chapa y pintura. Ya verás como vuelves a estar en tu casa en menos de lo que canta un gallo.

—Está bien. Lo intentaré, pero no creo que funcione.

Tras decir esto, el monstruo morado se metió en la cabina y se acercó al cuadro de mandos. A continuación, empezó a toquetear los botones del aparato. Había cientos de ellos, todos reluciendo y pitando como si quisieran llamar la atención del piloto.

—¡OH, NO! —exclamó el extracubícola asustado—. El propulsor cuántico hipertrófico de grado tres con manivela extensible ProPlus se ha roto.

—Perdón, ¿cómo dices? —preguntó Rius, que no había entendido ninguna de las palabras que la criatura había dicho—. ¿Propulsor qué?

—Propulsor cuántico hipertrófico de grado tres con manivela extensible ProPlus —repitió el monstruo, haciendo énfasis en cada una de las palabras que pronunciaba—. Es lo que hace que la nave pueda despegar. Como dicen en mi planeta: sin propulsor con manivela extensible, no hay viaje posible.

—¿Y no hay manera de repararlo? —preguntó Rius cogiendo las dos piezas del motor y tratando de juntarlas como si fueran un puzle.

—Puede, pero, desde luego, yo no sé cómo.

**—¡PUES
ESTAMOS
APAÑADOS!**

—Además, no es la única mala noticia —añadió Mondongo—. Por lo visto, el depósito de fuselaje también se ha estropeado.

—¿Qué significa eso?

—Que tampoco me queda combustible para volver a casa.

—Si es por eso, no te preocupes —dijo Rius—. En Ciudad Cubo hay muchas gasolineras. Puedes llenar el tanque todo lo que quieras.

—Ojalá, pero las naves tongoliqueñas no utilizan combustibles fósiles, sino un extracto hecho a base de rayos gamma que es mucho más potente y no contamina el planeta.

—¿Y no existe un Servicio de Emergencias Interplanetarias que pueda ayudarte? —preguntó Rius tratando de agotar todas las opciones.

—Sí —contestó Mondongo—, pero se me olvidó pagar el último mes de suscripción y ahora estoy en la lista de morosos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó el pollo tratando de calmarse—. Seguro que tienes un propulsor de sobra en el maletero del platillo volante, ¿verdad?

El monstruo negó con la cabeza.

—Es una nave deportiva. No tiene maletero.

—¿Y caja de repuestos? —preguntó Rius.

Mondongo volvió a negar con la cabeza.

—Se la dejé a mi prima Prístula la semana pasada.

—Bueno, da igual. ¡Tú arranca! Si hay algún fallo, ya lo solucionarás en el espacio.

**—¡PERO
SI LA NAVE
NO FUNCIONA!**

—¡Claro que sí! Lo que pasa es que no has apretado el botón adecuado. Tú entra y busca un interruptor en el que ponga

«explosión supersónica». Ya verás como sales volando de aquí en un periquete.

—Está bien. Lo intentaré.

Tras decir esto, Mondongo se abrochó el cinturón y comenzó a apretar botones y a mover palancas por todos lados. Mientras tanto, Rius salió de la nave y se puso a observar las maniobras a una distancia prudencial. Tras un par de segundos, el platillo emitió unos sonidos estruendosos, señal inequívoca de que había comenzado la maniobra de despegue. Rius, al ver que todas las luces se encendían, dio un par de pasos hacia atrás y se tapó los oídos con las manos. A continuación, lanzó un suspiro de alivio.

«Menos mal que ya se va», pensó. «Cuanto más lejos tenga a este tío, mejor».

Acto seguido, la nave comenzó a elevarse del suelo.

—Ha sido un placer —dijo el pollo despidiéndose con la mano—. Pero lo bueno, si breve, dos veces...

No pudo terminar la frase. De repente, la nave salió disparada del suelo y en cuestión de segundos chocó contra el porche de su casa.

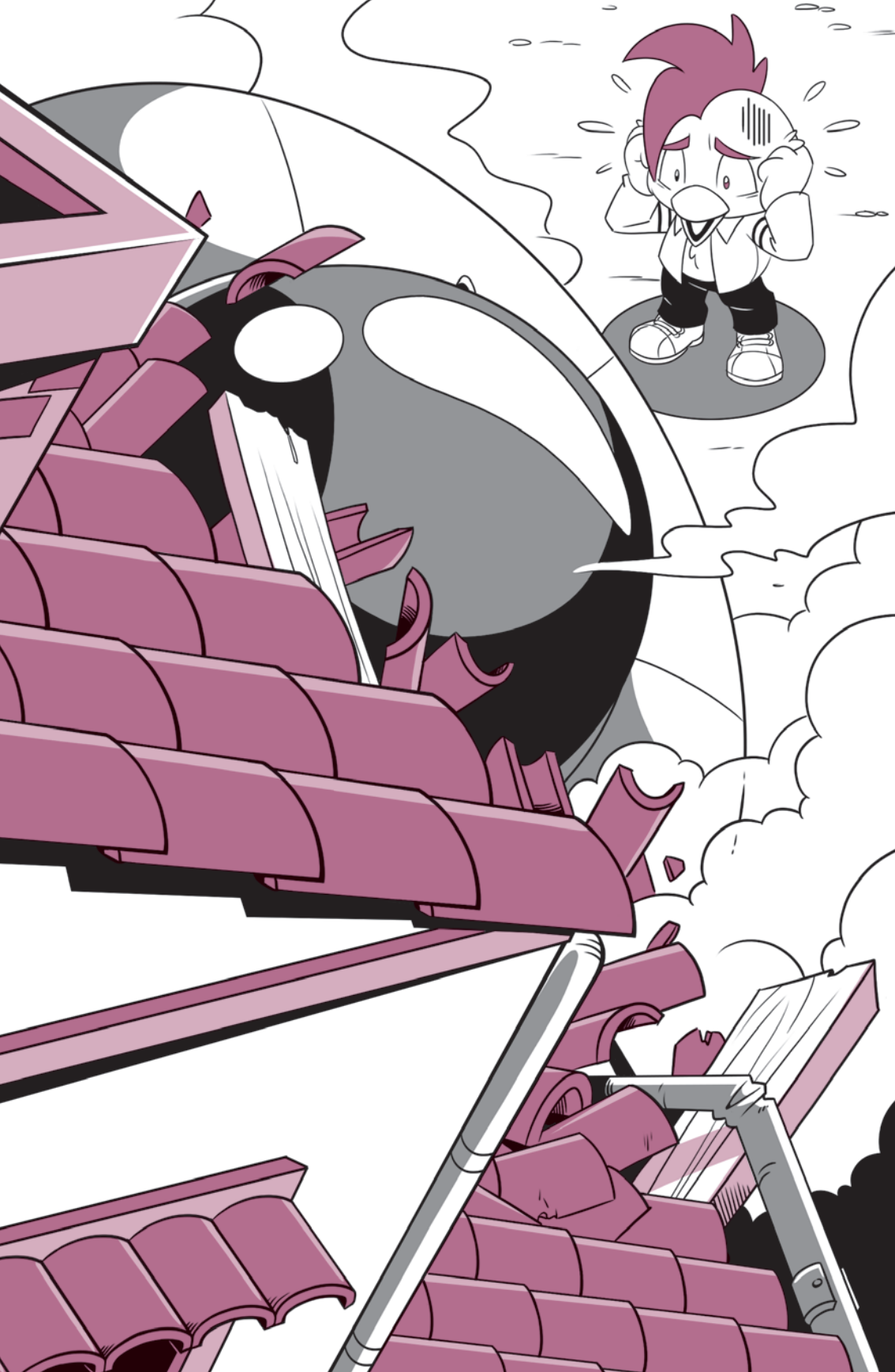
—¡CULPADO! —chilló.

Pero fue demasiado tarde. Antes de que pudiese reaccionar, el platillo volante ya se había estampado contra la entrada.

—¡Mi porche! —lloriqueó Rius—. ¡Con lo que me había costado construirlo!

Mondongo asomó la cabeza por una escotilla. Aún estaba algo mareado por el golpe.

—Menudo golpetazo más tonto.



El impacto había sido tremendo, hasta el punto de que el platillo se había abollado. Sin embargo, no se había llevado la peor parte. Una vez más, la vivienda de Rius había quedado completamente destrozada. Ahora ya no quedaba ni una tabla de madera en su sitio.

—¡Esto no puede estar sucediéndome a mí! —se lamentó Rius totalmente desesperado—. De todos los lugares del mundo, de todos los planetas del universo, tenías que caer precisamente encima de mi granero. ¡Mira que es mala suerte!

—Pues sí —admitió Mondongo—. Dos colisiones en una noche. Debe de ser todo un récord.

—¿Y AHORA QUÉ HACEMOS?

—preguntó Rius irritado.

—No sé. Supongo que tendré que quedarme aquí hasta que repare la nave.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡Aquí no puedes quedarte!

—Pero ¿a dónde quieres que vaya? Aquí no conozco a nadie.

—¡Me da igual! —gruñó el pollo—. ¡Eso no es problema mío! Lo único que sé es que tienes que marcharte de aquí.

—No creo que pueda. Verás, hay un problemilla que todavía no te he contado y que dificulta todo enormemente.

—¿Otro más?! —exclamó Rius, que ya no podía creérselo.

Mondongo asintió con la cabeza.

—Si no consigo encender la nave en un plazo de cuarenta y ocho horas, el sistema de autodestrucción del control de mandos se iniciará y todo saldrá volando por los aires.

Al oír aquellas palabras, el semblante de Rius cambió de color.

—¿Un sistema de autodestrucción? Pero ¿para qué va a querer alguien una nave con un sistema de autodestrucción?

—Es por si me capturan durante mis misiones espaciales —explicó Mondongo—. No queremos que nadie pueda llegar a nuestro planeta sin nuestro permiso.

—¡Muy mal pensado! —exclamó Rius—. Siempre hay que tener en cuenta los imprevistos.

—El caso es que, si no arreglo el platillo en dos días, no podré irme jamás de este planeta.

—¿HAS DICHO «JAMÁS»?

Estaba claro que la situación era complicada. Aquel extracuculaca tenía un problema con su nave y, por lo tanto, Rius también lo tenía. Necesitaba tiempo para pensar cómo solucionar aquel embrollo.

—Está bien. Es tarde y estamos cansados. Puedes quedarte a dormir en el gallinero, pero nada de molestar a mis polluelos. Mañana pensaremos una solución.

No hizo falta que se lo repitiera. En cuanto Mondongo se tumbó en el suelo, se quedó dormido. No era para menos. Después del viaje por el espacio, la colisión contra el granero y las malas noticias que había recibido sobre el estado de su nave, dormir en el suelo era casi una bendición. Rius, en cambio, se fue a su cama, aunque no consiguió pegar ojo en toda la noche. Todavía estaba impactado por la presencia de aquel extraño ser.

—¡MENUDO CONTRATIEMPO!

—se dijo.

**LO ÚNICO QUE BUSCABA ERA TRANQUILIDAD
Y, JUSTO AHORA QUE LA HABÍA CONSEGUIDO,
LLEGABA UN EXTRACUBÍCOLA Y PONÍA
TODO SU MUNDO PATAS
ARRIBA.**

